

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Revista de teatros, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Un hombre predestinado, T.:-Gregorio Amado Larrosa.* = *Esplícacion del figurin de modas.* = *La reina sin nombre, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.* = *Geroglífico.*

REVISTA DE TEATROS.

POR LA BOCA MUERE EL PEZ.

Días há que otros asuntos, de los que ahora en nuestra lengua franca llamamos *palpitantes*, nos han impedido ocuparnos de teatros. Hoy vamos á hacerlo, y á pesar de todo no podemos dar abasto con solo este artículo, porque hay cosecha.

Principiemos por el Principal, donde se ha puesto recientemente en escena una obra que merece la preferencia en nuestra reseña por varios títulos, y entre ellos por haber sido vertida al castellano por nuestro compatriota y amigo el Sr. Dacarrete, tan ventajosamente conocido en España entera por otras producciones originales que en todos sus teatros le han granjeado aplausos y nombre. No necesita pues venir ahora á buscarlos en una obra agena, y de cuyos defectos claro es que no debe ser responsable. Bástele con haberla traducido bien, y bástele el haberla elegido tal que satisfaga y hasta contente al público ante el cual iba á estrenarse.

Sin embargo, como la crítica há menester algo mas que impresiones; como há de analizar lo que lee ó lo que oye, y como para esto tiene principios fijos y reglas invariables tomadas de la sana razon, resulta que nosotros nos proponemos juzgar la comedia concienzudamente y tal como alcancemos á hacerlo; porque las producciones que se sostienen bien y agradan en la escena son precisamente las que mas necesitan ser desmenuzadas, puesto que

JULIO.

lo decididamente malo nadie lo sigue, nadie se cuida de ello.

Titúlase la comedia en su original francés *Les femmes terribles*, y en su traduccion castellana *Por la boca muere el pez*. Ya esto nos dice algo, pero entendemos que no nos dice todo, segun manifestaremos, hecha que sea la reseña de su argumento.

Roman es un jóven casado con una idem. Poseyendo una muy regular fortuna, abre frecuentemente su casa y su mesa á sus amigos, entre los que los hay tales, que conviene hacerlos conocer. El primero es Leon, mozo galan y un tanto libertino, el cual, despues de haber puesto graves acechanzas á la dudosa virtud de cierta señora, concluye por pedir la mano de la sobrina de la tal. Adviértase aquí que una y otra son personajes de pura referencia y á quienes no vemos la cara; pero sí la del esposo de la casi infiel dama, llamado D. Buenaventura, señor ya mayor, muy pacífico, bastante tonto, y esclusivamente consagrado al estudio práctico de la historia natural. No hay qué decir que sus camelias y sus peces de colores le tienen á cien leguas de las citas de su señora en la fuente Castellana.

Ya llevamos dos de la íntima tertulia de Roman. Siguen á estos don Venancio, señor ceremonioso, de hablar difuso y campanudo, y por apéndice su hija Clara, cuyo corto papel está reducido á investigar la posicion y caudal de todos los solteros vecinos ó habitantes de la corte, con el fin de hallar entre tantos un partido para ella.

En la reseña de los concurrentes habituales á aquella casa dejamos el postrer lugar para Doña Balbina, íntima amiga de Eugenia la esposa de Roman, y mujer de un abogado á quien tampoco vemos allí el pelo. Esta última es el pez á quien el autor se propone hacer morir por la boca. Es en efecto la habladora mas contumaz de la tierra, y como consecuencia de ello posee una curiosidad tenacísima. Todo

lo escudriña, todo lo vé y todo lo habla, sin que la arredren las reputaciones que destroza ni los compromisos que á sí propia puede crearse con sus imprudentes palabras. Su lengua, como dice Roman, es una locomotora que aplasta cuanto encuentra en su camino, y es en vano el querer refrenar sus ímpetus una vez que se lanza en medio de la vía.

Ya se comprende que esta es la protagonista, y ya se adivina que á la especialidad que constituye su carácter ha de deberse el principal resorte de la accion.

Fáltanos hacer conocimiento con un nuevo personaje que por primera vez va á presentarse en aquella reunion. Es un lord inglés que acaba de alquilar una casa de la propiedad de Roman, y á quien este ha convidado á comer. Su nombre no es para Roman un misterio; es simplemente una coleccion de letras de tal modo combinadas, que forman para él, que ignora el inglés, un enmarañadísimo logogrifo. En suma, no sabe como se llama su nuevo inquilino.

Este, como íbamos diciendo, penetra en la sala donde Balbina hacia de las suyas en aquel momento ante su benévolo auditorio, y poco despues recae la conversacion sobre las paisanas del noble lord, y en especial sobre una que allí á la sazón goza de gran fama de hermosura, llamada lady Stickness. Balbina no deseaba otra cosa, y cuenta cómo hace pocas tardes la habia visto bajar misteriosamente de un carruaje en la fuente Castellana, donde la esperaba un galan, desapareciendo juntos por aquellas alamedas.

La voz que avisa estar servida la sopa pone término al encarnizamiento de Balbina, pero antes de ponerse en marcha el ilustre huésped llama aparte á aquella para exigirle nombre á la persona que acompañaba á la hermosa inglesa; exigencia muy en su derecho, puesto que él era el mismo lord Stickness, su esposo. Balbina se turba, pero se niega á responder á semejante pregunta.

Desde este momento comienza entre ambos una lucha tenaz de todos los instantes; él la asedia y la sofoca con su pregunta de siempre, y ella se encierra en un silencio que no es hijo de su reserva, sino de que ignora aquel nombre tan vivamente solicitado; cosa que el lord no cree, aunque debiera creerlo, porque lenguas como la de Balbina nunca se detienen por sí mismas á la mitad del camino.

Pero hemos dicho que Leon habia tenido en el mismo sitio y por los mismos dias una cita misteriosa; sábelo Balbina por Eugenia, y supone haber encontrado el nombre que ha menester. Leon, creyéndose descubierto por al-

gunas palabras de aquella, escribe á D. Buenaventura confesándose culpable; accion que no tiene sentido comun; pero averiguada la verdad y para disuadir á su viejo amigo, Roman quem el sobre, que D. Buenaventura no ha leído siquiera, y haciendo que Leon escriba otro para el lord, hacen creer á aquel que por equivocacion le habia entregado un criado torpe una carta que iba dirigida á otro.

Ya tenemos engañado á uno de los dos maridos. Al otro se le engaña de una manera mas cándida todavía. Habiendo Balbina recibido una carta amenazante de un tal Edmundo Brother, hermano de la inglesa, haciendo como que ignora el parentesco, revela al lord este nombre, como el de la persona á quien vió acompañar á su esposa. El lord, visto que se trata de su propio cuñado, se da por satisfecho, y ambos maridos quedan burlados y contentos. La moraleja es pícara como ella sola.

Aquí vemos que el lord, para averiguar sus celos, se vale de un medio bien pobre y bien insuficiente. Ya hemos manifestado que debió creer que Balbina ignoraba aquel nombre, porque á saberlo no hubiera necesitado que se lo preguntase nadie; pero admitida aquella reserva ¿cómo se le obliga á nadie á decir lo que no quiere cuando no se puede hacer otra cosa mas que preguntarlo? ¿Qué gran medio es ese de fuerza ni de coaccion? Y cuando para acallararlo se pronuncia el nombre de su cuñado, ¿cómo no principia por averiguar si en efecto pasaron las cosas tales como se le habia dicho, y si fué verdad el encuentro de ambos hermanos en el sitio y en la hora citados?

¿Y qué diremos de D. Buenaventura que cae en el lazo sin la menor sospecha? ¿Pues qué, las cartas que se escriben no llevan en ellas mismas el nombre de las personas á quienes se dirijen, sin necesidad de acudir al sobre, que en rigor es lo de menos?

De lo dicho resulta que dos maridos honrados se ven allí engañados por sus mujeres, y que quien por su mala lengua ha dado ocasion á graves disgustos, que merced á la candidez de los agraviados no han degenerado en serios compromisos, se queda riendo, y por supuesto sin apariencias de escarmentar, puesto que en rigor no ha habido motivo para ello. Aquí, por tanto, el pez no muere por la boca; no queda castigado; nada le sucede.

La comedia está escrita con agradables formas, y la mayor parte de las escenas tienen movimiento y vida. El mérito de la obra estriba, por tanto, en la belleza de los pormenores y en la creacion de algunos caracteres



Cette pl^e ne peut être reproduite.

Imp. Mariton
186.

LA MODA
Revista Medica
Cadiz.

Ayuntamiento de Madrid

harto m

Don
para na
primirs

La ej
dejó ba
Sanchez
mente e
glés no
tuvo á s
do, par
el de L
dez, qu
glés, y c
gunas v
Madrid
pre se l
consulta

Aplau
res desp

El ter
monía p
ó de bu

Ralph
destinad
busca de
anunciar
vida.

El pri
jer, á la
ria en el
ciosa en
gen mist
habia de
zon abri
repose e
cielo le o
niendo l
zon: "Es
asegura

Segun
además
parte de
su pié t
veria un
esta ma
en algun
estaba s
hacia el
Al abrir
piedras
sar sus e

El ter

harto mas que en el giro del argumento.

Don Venancio y Clara son personajes que para nada absolutamente sirven. Pueden suprimirse sin inconveniente alguno.

La ejecucion fué en algunos buena, en otros dejó bastante que desear. Distinguiéronse Sanchez Albarran y la Adela, ambos perfectamente en sus respectivos papeles. El lord inglés no era ni lord ni inglés. El actor que lo tuvo á su cargo, y que en otros nos ha gustado, parécenos que habria hecho harto mejor el de Leon, pasando al suyo el señor Fernandez, que ya nos ha hecho otra vez un buen inglés, y cuya figura se presta á tales papeles. Algunas veces convendria olvidar los repartos de Madrid, porque esta es la causa de que no siempre se hagan en las provincias cual conviene, consultando los elementos de las compañías.

Aplaudióse la obra y se hizo salir á los actores despues de concluida.

El teatro continúa á oscuras. Estaria en armonía perfecta con un público de murciélagos ó de buhos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

UN HOMBRE PREDESTINADO.

Ralph Cranfield se creyó desde su juventud predestinado á grandes cosas, y partió de su aldea en busca de tres señales maravillosas que habian de anunciarle tres grandes acontecimientos de su vida.

El primer acontecimiento era el amor de una mujer, á la cual reconoceria por una alhaja que llevaria en el seno y que consistiria en una piedra preciosa en forma de corazon. Para encontrar esta virgen misteriosa habia de recorrer el mundo, y alverla habia de decir: "Hermosa jóven, os traigo un corazon abrumado de cansancio. ¿Podré esperar que repose en el vuestro?" Y si era la esposa que el cielo le destinaba, ella le habia de responder poniendo la mano sobre la alhaja en forma de corazon: "Esta alhaja que llevo hace tanto tiempo os asegura que podeis esperar."

Segundo acontecimiento. Ralph Cranfield creia además que habia un gran tesoro oculto en cierta parte de la tierra destinado para él, y que cuando su pié tocase el sitio misterioso que le ocultaba veria una mano dirigida hácia el suelo: ignoraba si esta mano estaria esculpida en mármol, ó grabada en algun peñasco ó en el tronco de un árbol; pero estaba seguro de que tendria el índice inclinado hácia el tesoro y debajo la palabra latina *Effode!* Al abrir la tierra, el oro acuñado ó en barras, las piedras preciosas, el tesoro en fin, debia recompensar sus esfuerzos.

El tercer acontecimiento prodigioso era la adqui-

sicion de una inmensa influencia y de un gran poder sobre sus semejantes, es decir, que llegaria á ser rey fundador de una monarquía hereditaria ó apóstol de una religion regenerada. La señal con que habia de reconocer el cumplimiento de este presagio era la llegada de tres hombres venerables pidiéndole audiencia. El principal de ellos debia llevar una vara profética con la cual habia de trazar cierta figura y desempeñar en seguida su mision llena de gloriosos resultados para nuestro héroe.

Ralph partió de su pueblo natal, que era una aldea de la Nueva Inglaterra, y recorrió la América, la Europa, el Africa y el Asia sin hallar las señales misteriosas. Diez años despues regresó á su patria abatido y desesperado, y encontró tan pocos cambios en la aldea que figuró que su viaje habia sido un sueño.

—¡Aquí está el cambio! exclamó sonriendo con amargura y dándose un golpe en el pecho.

Ralph Cranfield llegó al anochecer á la casita donde su pobre madre lloraba la ausencia de un hijo perdido. Antes de entrar se sentó en un banco de piedra, y dirigió sus ojos al amigo de su infancia, al árbol que daba sombra á la puerta de su casa; pero su mirada se detuvo en el tronco donde vió una cosa que le escitó una melancólica sonrisa. Era una inscripcion medio borrada, la palabra latina *Effode* que recordaba haber grabado en la corteza. Habia empleado en grabarla todo un dia en la época en que principiaba á pensar en su encumbrado destino. Por una coincidencia muy estraña, la corteza habia producido debajo de la inscripcion una excrecencia en forma de mano, cuyo índice señalaba la palabra fatal. Así le pareció al menos á Ralph en medio de la cárdena luz del crepúsculo.

—Un hombre crédulo, dijo con indiferencia, podria suponer que el tesoro que he buscado por toda la tierra se esconde en la puerta de la casa de mi madre.

Apareció entonces en el umbral una mujer de cincuenta años que salia á ver quien era el desconocido sentado en el banco de piedra. Era su madre.

No contaremos la escena que presencié entonces aquella casita triste y solitaria.

Ralph se levantó al amanecer, y se vió rodeado de todos sus antiguos amigos que, sabedores de su llegada, se apresuraban á visitarle y á felicitar á su madre. El viajero les recibió con ademan grave y sombrío; pero la buena mujer reia y lloraba á un tiempo de alegría, y suplia con su incansable charla el silencio de su hijo.

—Ralph! hijo mio! gritó de pronto asomándose á la ventana, vienen á verte el *squire* Hawkwod y los dos *selectmen*.

El *squire* Hawkwod se dirigia en efecto hácia la casa de Ralph, precediendo á sus dos compañeros: era un anciano enfático que, segun la moda que principiaba entonces á desaparecer, llevaba un tricordio y un baston con puño de plata, del cual se servia mas para esgrimirlo como un florete que para apoyarse. Ralph se asomó á la ventana, contempló á los tres respetables personajes, y envolvió sus

vulgares figuras en la niebla novelesca que vagaba por su alma creándole fantásticas ilusiones.

—Hé aquí, dijo sonriendo, tres ancianos; el que va delante es un venerable sabio con una vara. ¿Quién sabe si esos embajadores me traen el mensaje que la suerte me ha destinado?

Cuando el *squire* Hawkwod entró con sus compañeros, Ralph se levantó, dió algunos pasos para salir á recibirlos, y saludó con ademán grave y solemne. El *squire*, según su invariable costumbre, empezó á esgrimir el bastón, después se quitó el tricornio, se enjugó la frente y se dispuso en fin á manifestar el objeto de su visita.

—Grande es la responsabilidad que pesa sobre mis colegas y sobre mí, dijo el anciano, pues somos los magistrados elegidos de esta aldea. Hace tres días que estamos seriamente ocupados en la elección de una persona apta para desempeñar un cargo importantísimo, cargo que si se considera cual es debido no cede en grandeza al de los príncipes y los reyes. Ahora bien, vemos en vos que sois nuestro digno conciudadano, una persona de talento cuya instrucción han completado vuestros viajes por el extranjero; estamos convencidos de que hace tiempo estais curado de ciertas ideas fantásticas que atormentaban vuestra juventud, y por consiguiente hemos reflexionado que la Providencia os ha conducido á vuestra patria para sacarnos del apuro.

Cranfield miraba sin pestañear al orador durante esta arenga como si descubriera alguna cosa misteriosa y sobrenatural en el enfático *squire*, y como si este llevara el traje flotante de un sabio de la antigüedad en vez de la levita de faldas cuadradas, el chaleco largo, los calzones de terciopelo y las medias de seda. Y su asombro no era inmotivado, porque los círculos que describía el bastón en el aire era casualmente la señal que debía confirmarle la misión del sabio que Cranfield había buscado en vano por toda la tierra.

Así pues, Ralph preguntó con voz trémula de emoción:

—¿Cuál es ese cargo que me igualará á los príncipes y á los reyes?

—El de maestro de escuela del pueblo, respondió el *squire* Hawkwod; la plaza está vacante por la muerte del venerable Witakes que la desempeñaba dignamente hace cincuenta años.

El magistrado campesino y sus colegas se retiraron después de una breve visita; pero sus imágenes quedaron grabadas en el alma de Cranfield y se identificaron cada vez mas con las figuras venerables que se le habían aparecido en sus sueños. Su imaginación se fijó de tal modo en las facciones del *squire*, que acabaron de confundirse con las del sabio de la visión, y que el uno le pareció tan solo la sombra del otro.

—Es la misma persona, pensaba, que me miró desde la cúspide de la gran pirámide, la que me hizo señas en medio de los salones de la Alhambra, la que ví confusamente en las neblinas que se elevan del monte de San Bernardo.

Y á cada esfuerzo de su memoria reconocía al-

guna de las facciones del mensajero del destino en aquel aldeano tan enfático y tan orgulloso de su propia importancia. Ralph Cranfield permaneció abismado en sus reflexiones hasta la noche, escuchando apenas las mil preguntas que le hacía su madre sobre sus viajes y aventuras, y respondiendo con monosílabos. Salió entonces para dar un paseo, y al pasar por delante del árbol, su mirada volvió á fijarse en la imagen de la mano que indicaba la inscripción medio borrada.

Mientras Cranfield recorría la calle de la aldea, los pálidos rayos del crepúsculo proyectaban su sombra á lo lejos, y se figuró que aquella sombra que se adelantaba en medio de mil objetos lejanos era el emblema del presentimiento que le había precedido hasta entonces en sus escursiones. Y á medida que se aproximaba á aquellos objetos encontraba en cada uno de ellos recuerdos de su infancia y de su juventud. Algunas vacas pacían en la yerba que crecía en las márgenes del camino, y el perfume de sus flores sencillas le causaba grato placer.

—Es mas suave, murmuró, que los perfumes que traía á nuestra nave la brisa de las Molucas.

Salió de una cabaña un niño regordete y sonrosado que tropezó y llegó rodando hasta los pies de Cranfield. El grave y severo viajero se inclinó, levantó al niño del suelo y se lo devolvió á su madre.

—Los niños, dijo suspirando y sonriendo, van á ser confiados á mi cuidado.

Y mientras se esparcía en su corazón, como el agua de una fuente pura y cristalina, una oleada de tiernos sentimientos, llegó á una casa hacia cuya puerta le impulsaba secreto y vehemente deseo, y creyó oír dentro una dulce voz, que parecía salida de un corazón sensible y amante, y que cantaba una tonada monótona y planífera.

Ralph bajó la cabeza para entrar por la baja puerta, y cuando su paso resonó en el umbral, se dirigió hacia él una joven en medio de la oscuridad naciente, primero con precipitación, después con paso menos seguro, y no tardaron en encontrarse ambos cara á cara.

Advertíase entre la joven y Ralph un extraño contraste: el rostro del viajero en su lucha con todo el mundo había recibido los rayos del sol de todos los países y lo habían azotado todos los vientos; pero el rostro de la joven era blanco, amable y sereno, como si la tranquilidad de su vida hubiera triunfado de todas las emociones. Y sin embargo, por diferentes que parecieran los dos semblantes, se descubría en ellos cierta simpatía y un reflejo de sentimientos que brotaban de las cenizas de un fuego casi estinguido.

—Sed bien venido, Ralph! dijo Fides Egerton.

Cranfield no respondió al momento porque había atraído sus miradas un alfiler en forma de corazón que llevaba Fides sobre el pecho. En aquel alfiler brillaba una piedra ordinaria, y recordó que él mismo la había hecho en otro tiempo con una de las puntas de flecha que se encuentran en tanta abundancia en las guaridas de los salvajes. Aquel

corazon era precisamente el modelo del que llevaba la jóven de sus sueños: Cranfield se lo habia regalado á Fides como un recuerdo de despedida cuando partió en busca de su fantástico amor.

—Habeis conservado ese corazon, Fides? dijo al fin.

—Sí, respondió la jóven ruborizándose. Y añadió despues jovialmente. ¿Qué me traeis de vuestros viajes?

—Fides, dijo Ralph Cranfield que, cediendo á un impulso irresistible, pronunció las palabras fatales, solo os traigo un corazon abrumado de cansancio: ¿podré esperar que repose en el vuestro?

—Esta alhaja que he llevado tanto tiempo, respondió Fides enseñando el alfiler con mano trémula, os asegura que podeis esperar.

—Fides! Fides! exclamó Cranfield estrechándola en sus brazos, habeis realizado mis sueños.

Sí; el delirante despertaba por fin, y para hallar su misterioso tesoro, bastábale cultivar la tierra que rodeaba la casa de su madre y recoger sus productos; en vez de un mando militar, de una autoridad real ó de un poder religioso, iba á gobernar los niños de la aldea; la jóven de sus ilusiones habia desaparecido, y en su lugar se veia la compañera de los juegos de su infancia.

Si todos los que alimentan tan estravagantes deseos se contentaran con mirar en torno suyo, á buen seguro que verian casi siempre que la esfera de sus deberes, de su ventura y de su prosperidad está en los sitios donde los colocó la Providencia. ¡Felices los que pueden leer el enigma sin agotar la vida haciendo infructuosos esfuerzos para descifrarlo!

T.: GREGORIO AMADO LARROSA.

Con el presente número repartimos el figurin que dejamos de dar en el anterior, por los motivos que espresamos.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró salpicado, cuya enagua se adorna por delante con tres *quilles*, compuestas de gró azul Prusia y pequeños cabos del género del vestido, rodeándose todo de puntilla tableada: monillo alto y redondo, continuando las *quilles* de enmedio hasta el cuello: mangas á buches: bota vuelta y buches de tul: cuello de guipure: sombrero de crespon azul Prusia con velo de tulliso, rodeado de una pequeña blonda. Sobre él, á la derecha un rizado de crespon: en el interior, pequeño rizado de lo mismo en forma de *bandeau*. Toquillon de encage negro. Sombrilla marquesa de *moire antique* azul Prusia. Guantes mahon. Calzado del mismo color del vestido.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de túnica de piqué rosa, rodeado de galon blanco: monillo con faldetas abotonado: mangas largas abiertas por abajo y *manguitos* de muselina bordada. Cuello muy pequeño. Corbata de cinta y encage. Sombrero de paja de Italia á lo espigadora, rodeado de una corona de rosas, y por bajo del ala ramos de las mismas flores: cabos muy largos. Botitas negras.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

POR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(CONTINUACION.)

Ninguno de los presentes puso en duda la verdad del verdugo. Además habia otra pregunta que hacerle, que era la que mas importaba á todos, á saber: si no habia visto tropas por aquel lado. Respondió afirmativamente, asegurando que parada detrás de una pequeña eminencia á corta distancia del camino, estaba descansando una legion entera.

—Ya están aquí, ya no hay cuidado, gritaron todos los oyentes á una voz. Habrán recibido de Froya orden de detenerse.

—Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Mas acá, en un ribazo desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero que tenia dos caballos del diestro, al mismo rey en persona.

—¿A quién dices? exclamaron todos atónitos.

—A Flavio Quindasvinto, al rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venian del Valle del Paraiso, y se dirigían aquí.

—¿Aquí?

Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

—Ellos son, sí: deben ser, prorumpió Teodosinda enajenada. Retírate, Sisberto. Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inexplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el rey habia pasado algunos dias en el Valle del Paraiso; mientras tanto, la conjuracion habia dado pasos de gigante; Flavio no sabia nada y venia incautamente á ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que habia prometido Froya á Floriana, y persistian en la terminacion que antes se habia tomado, la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar quedó decidido en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano rey, que lentamente se iba encaminando á Segobriga como la indefensa res á la casa del carnicero.

Teodosinda dijo que tenía un veneno á punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció á Teodosinda quitarle de en medio aquel embarazo, en designándole el sugeto: una muerte mas ó menos en un día de tumulto era cosa en que no debía repararse. El veneno pues quedó destinado para el rey, y un conjurado se encargó de asesinar á Floriana.

Dejaron los conjurados que el rey entrase en Segobriga y se diese á conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle á recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, todos sus enemigos balbucearon, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda, al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo á pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma antes y despues de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venia cansado y necesitaba reposar; propúsosele que tomara algun alimento antes; dijo que se le dispusiera y lo tomara despues.

—Se dispondrá al momento, le respondió Teodosinda, y dejaron á Flavio en su dormitorio.

Mientras el rey dormía, el mayordomo ó alcaide del alcázar por un lado, y el verdugo Sisberto, por otro, se acercaron misteriosamente á la alcoba, abrieron muy quedito la puerta y entráronse, cerrando por dentro, sin que nadie lo percibiera: un rato despues cada uno de ellos estaban en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba habia comunicacion que se extendia hasta al piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tóxico que habia de acortar á Flavio los dias de la vida. Un conjurado habia de servir la copa, á fin de que solo el rey tomase la bebida mortífera, dándose á los demás que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenia para odiar al rey, y aun recordándolos, temblaba con extraño frio al tiempo de hacer la fatal mixtura; pero dominó su temor, y la hizo.

El rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente á una sala donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba á hablar ni se atrevia á mirarle. Conversó con ella algunos momentos y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya medio dia.

Froya no habia vuelto, pero ya en fin comenzaban á asomar por sendas y caminos en los extremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban á los rayos del sol. Entonces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

—Teodosinda, dijo el rey, yo soy aquí huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa, siéntate conmigo. Teodosinda se sentó frente al rey: su pecho latia de una manera desusada, las venas de las sienes parecia que iban á saltársele, el rey estaba sereno, y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio el rey pidió de beber. El cómplice le presentó

la copa de vino emponzoñado: el rey la tomó y se la llevó á sus labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el rey, puso la copa en la mesa y dijo á Teodosinda:

—Manda llamar á tu esclava Floriana, y mientras viene te referiré el motivo de haber hecho este viaje.

Teodosinda hizo una seña á un criado para que cumpliera la orden del rey. Este hizo otra á todos los circunstantes, y se desviaron á los extremos de la sala. El rey continuó en voz baja, de manera que solo Teodosinda pudiera oírle:

—Yo he venido á Segobriga para reconciliarme con dos personas: contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda; porque seguramente vas á oír cosas muy raras, y no todas son agradables.

Toda España me conoce desde que soy rey; tu familia y tú me habeis conocido antes, inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin rienda: no hay culpa que no haya querido cometer: he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar á la letra en mi epitafio, que tengo mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad imperial, el santísimo Eugenio (1). Como por un orden natural, poco tiempo debe quedarme de vida voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Sí, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra: de nada me aprovecharán entonces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas ni la pompa de mi palacio: solo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡Dichoso el que, dedicado constantemente á la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!

Este exordio, cuya última mitad habia sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró á todos los que se hallaban presentes.

—Quiero, prosiguió, bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido, males he hecho, pero he hecho grandes bienes tambien: he sabido lo que ha ignorado muchos, he gobernado á España con acierto, con gloria; por las cualidades de rey pueden perdonárseme las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad á mí mismo, no es extraño que sea tambien severo para con los demás, y contigo. Oye-me, Teodosinda.

Cuando fui exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo; tu hermano fué el que mas trabajó en mi favor entonces; tu hermano solicitó el enlace: nada podia yo negar á tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio: yo me tomé tiempo á un de preparar á mi hijo; hombre hecho, no se le podia mandar como un muchacho. Tú hasta entonces habias sido una doncella recatada, y buena, aunque despegada y altiva; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron á ojos vistos, tus virtudes desaparecieron del todo. Yo

(1) En efecto, estas y las expresiones con que termina el párrafo se hallan en el epitafio del monarca, entre las obras de San Eugenio.

queria que mi hijo me sucediese en el mando: yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca: Teodosinda, esposa de Recesvinto en la condicion privada, no me daba cuidado; Teodosinda reina, me daba mucho. En esto Recesvinto se habia prendado de Floriania: tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar á mi hijo: él, para olvidar su pasion á una mujer cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte; tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serias reina de España.

(Teodosinda miró á Flavio con los ojos como ascuas.)

—Pero yo no doy cuenta á nadie de mis proyectos: los preparo, dejo que llegue la ocasion y lo ejecuto. Mi hijo cuya pasion habia vuelto á embravecerse, me servia sin pensarlo: Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su casamiento; esto último lo sentí, porque para con muchos príncipes debia perjudicarle. Desde entonces, mi hijo, tu hermano y tú habeis estado rodeados de espías. No te estremezcas, Teodosinda: te he dicho que venia á reconciliarme contigo: ahora vas á saber el cómo.

Froya y tú habeis conspirado y conspirais contra mí. No te levantes, mujer, ¿á dónde quieres ir? Escucha el fin que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos; yo soy viejo y estoy cansado de luchas: quiero la paz. Tú sueñas con el poder: tú ansías la grandeza. Yo he sido quien ha dado lugar á esos sueños y esa ansia: justo es que yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso á ceder al femenil halago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su esposa: tú, por el contrario, necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver á tus antiguas virtudes; y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo te dió palabra de esposo; y por el bien del pais no debe cumplirla; ni él quiere ni yo quiero. Pero tampoco es justo que un rey y un hijo de rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del estado, sin desagrarar cuanto sea posible á la persona á quien se perjudica. No te casarás con mi hijo; pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido á casarme contigo.

(La sorpresa, la confusion y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazón de Teodosinda.)

—Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te halagan: dafío no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré, antes al contrario por tu conducto dispensaré yo todas las gracias que pueda. La práctica del bien, voluntaria ó forzada, te aficionará á él, te hará contraer la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibirás te afirmarán en ella. Despues de mi fallecimiento, habrás de entrar, segun se usa, en un monasterio: de esta manera se evita que vuelvas á pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea pues,

Teodosinda, renuncia á tus ideas de venganza, y da la mano á tu marido.

¿Sabrá el rey lo que tenemos últimamente dispuesto? se decia á sí propia Teodosinda.—Imposible: ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo no lo seré. Pero, ¿es tan dulce vengarse!

—Señor, dijo por fin sin atreverse á tender al rey la mano, ¿Qué hareis de Floriania?

—No quiero disimular mas tiempo contigo, respondió el rey en voz baja. Floriania volverá á ser esposa de Recesvinto.

—¡Su esposa!... exclamó Teodosinda levantándose sin poder contenerse. ¡Su esposa!

Al levantarse habia alcanzado á ver por el balcón de la sala numerosas huestes que llenaban los campos inmediatos á la ciudad. Ya se oian claramente los instrumentos bélicos: ya cundian dentro de Segobriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos á otros con satisfaccion; Teodosinda se repuso y expresando su interior contento, pero haciendo como que se contestaba á la exclamacion de «¡su esposa!» añadió solamente esta breve palabra: —¡Bien!

En esto entró Floriania en la estancia: la ira de Teodosinda creció al verla.

—Hija mia, le dijo benignamente el rey, yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes: ha llegado el dia en que tenga su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora á servirme la copa: cógela, Floriania.

Floriania, aletargada, alelada por la pena, habia venido hasta el salon maquinalmente: ni la presencia del rey allí, ni el tono en que la hablaba, le causaron impresion ninguna: solo sentia, solo comprendia, solo podia pararse su imaginacion en el terrible pensamiento de que iba á ser esposa de Froya.

—Hija mia, prosigió el rey, hazme tú la salva para que beba. Floriania no lo entendió.

Bebe tú primero, Floriania, bebe en la copa en que vá á servirte tu rey, repitió Flavio poniendo á la hija del Valle la copa de oro en la mano.

La celosa Teodosinda, que vió á Floriania con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se habia dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pudiese la odiosa rival: ningun caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirijian. El rey hizo apurar á Floriania toda la copa. Cuando Floriania acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

—Apártate de ahí, hermana, gritó con voz espantosa, apártate de ahí, que nos han vendido.

La mayor parte de los conjurados, no poco aturridos ya desde que vieron que Flavio no habia bebido el veneno, echó á correr al oír estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos... inmóviles.

—Flavio, continuó Froya; yo te he querido destronar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad están en tu favor, aunque me han finjido que me serian fieles. Pero aunque tus soldados rodean á Segobriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de

los míos. Moriré sin duda, pero tú perecerás primero.

Froya se dirigió al rey con espada en mano.
—A mi lado! exclamó Quindavinto.

Los conjurados que se habían quedado, y estaban ganados por el rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante de Flavio diciendo á voz en grito:

—Muera el traidor!

—No he de vengarme? dijo Froya rugiendo.

—Yo he sido mas feliz, repuso Teodosinda señalando á Floriana, que perdido el conocimiento caía en el suelo. Mi rival ha perecido envenenada.

—Me has robado mi amor! gritó Froya rechinando los dientes: yo mataré al que es objeto del tuyo. Salióse de la sala corriendo.

—Seguidle y prendedle, dijo el rey á algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya á Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad á esa mujer y llamad á un físico: llamad gente que asista á esta otra desventurada.

Los que no habían seguido á Froya, rodearon á Teodosinda y se retiraron con ella: el rey quedó algunos momentos solo con Floriana.

—Animo, hija mia, ánimo, le decia el rey sosteniéndola: van á socorrerte; aun es tiempo; tus enemigos van á ser ejemplarmente castigados. Estas palabras últimas que entreoó la inocente víctima, la hicieron esforzarse á articular algunos sonidos que se negaba ya á formar su lengua paralizada. —Perdon! perdon! —exclamó la misericordiosa jóven; y cerrando los ojos desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaba el físico y las esclavas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el rey á la puerta, pero la halló cerrada. Al retirarse Froya seguido por los confidentes del rey les ganó la delantera y cerró aquella puerta que era de solidísimo roble. Por el lado opuesto venia Recesvinto, libre ya, como se dirá mas adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, recíproca, les dió á entender que de aquella estancia solo habia de salir vivo el uno. Recesvinto cerró tambien la puerta por donde habia entrado, desnudó la espada y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habían seguido intentaron forzar la puerta, pero fué en vano.

—Mientras buscan instrumentos para derribar las puertas, dijo Froya á Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

—Si soy yo el que perezco, contestó el príncipe, tú puedes librarte. Mira.

Diciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada á una escalera tortuosa. El alcaide ó mayordomo del castillo, fiel al monarca y al príncipe, les habia descubierto el secreto. La escalera comunicaba con el calabozo donde habia estado Recesvinto, y desde allí por un camino subterráneo guiaba fuera de la ciudad. Por este camino tambien, pero por otro ramal de escalera, habia entrado Froya hasta la sala de los banquetes. Como las tropas de Segobriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible.

Recesvinto habia sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espías del rey, mientras este habia fingido estar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que debia durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba en frente del cuarto donde habían arrestado á Teodosinda, que era donde poco antes habia estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda llamada por el ruido, se asomó á la reja á ver. El uno de los combatientes era su hermano, el otro era el hombre á quien habia tenido amor; el resultado del combate habia de ser siempre funesto para ella. Asaltada su razon con tan repetidos golpes, comenzó á estraviarse: agarróse fuertemente á la reja y principió á dar alaridos horribles, inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del rey comenzaron tambien á golpear las dos puertas de la sala para vencerlas: el estrépito de los martillos hacia retumbar el palacio; el crugir de las espadas estremecía; los chillidos de Teodosinda hacian temblar.

A los primeros lances hirió Froya á Recesvinto ligeramente: el furor del príncipe se aumentó con la herida, y el duque fué herido tambien.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

Deja Colon á España y planta la bandera de Cristo en nuevos mundos á pesar de los sabios de Salamanca.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

